

**LA DEVORACIÓN DEL PADRE
COMO SÍMBOLO
DE LA ADQUISICIÓN DEL COMER
Análisis de un mito antropológico**

Lic. Horacio J. Corniglio Dr. Gustavo L. Chiozza

**Instituto de Docencia e Investigación
FUNDACIÓN LUIS CHIOZZA**

- Noviembre 1997 -

Tótem y tabú: un punto de convergencia de múltiples caminos

Laplanche y Pontalis (1967, pág. 65) señalan que los elementos básicos del complejo de Edipo, es decir, las fantasías incestuosas y la hostilidad respecto al progenitor del mismo sexo, estaban presentes en el pensamiento de Freud desde los días de su correspondencia con Fliess. Desde aquella época en adelante, afirman, la historia del desarrollo de esas ideas “...es *coextensiva a la del psicoanálisis...*”. El hecho, por cierto inevitable, del desarrollo progresivo de esta historia lleva a que, al menos en los primeros tiempos, la mención de tales temáticas aparezca dispersa en diversos escritos, no llegando a configurar un núcleo unificado de teoría.

Los autores mencionados -al igual que otros- afirman que, sin embargo, desde los primeros tiempos pueden rastrearse en la obra de Freud lineamientos que apuntan hacia una convergencia que se concretaría más tarde. Por ejemplo, el tema de la hostilidad contra el padre y la significatividad de éste, se va perfilando en el estudio sistemático de la neurosis obsesiva y de la ambivalencia de sentimientos a ella ligada. Asimismo, la hipótesis de la concepción de Dios como derivación de la idealización del padre se prefiguraba en las indagaciones sobre la paranoia, en especial en el caso Schreber (Jones, 1953; Strachey, 1959; Laplanche y Pontalis, 1967; Rodrigué, 1996).

Esta última vertiente, reactualizada en la relación con Jung y en el interés que éste tenía por el estudio comparado de las religiones y la mitología, es la que podría llamarse antropológica. Recogía nuevamente intuiciones e intereses que ocupaban a Freud desde su juventud y que también fueron orientándose en la dirección señalada, es decir, hacia un punto de convergencia teórica.

Las inquietudes de Jung, esas que al comienzo fueron una motivación, se transformaron más tarde en un duro desafío, cuando éste comenzó a alejarse de Freud y a disentir. Jones (1953, pág. 320) dice al respecto que en 1912 había dos temas que ocupaban el pensamiento de Freud y sobre los que escribió diversos artículos: “...*la exposición de su técnica y la psicología de la religión. Se puede percibir una relación entre estos dos temas aparentemente dispares*”. Ambos, señala, se vinculan con la disensión planteada por la escuela de Suiza, de modo que en Freud “...*la resurrección de su interés por la religión, se relacionaba en gran parte con la extrema incursión de Jung en los terrenos de la mitología y el misticismo. Las conclusiones de sus respectivos estudios fueron bien opuestas: Freud se sentía más firme que nunca en sus convicciones acerca de la importancia de los impulsos incestuosos y del complejo de Edipo, mientras que Jung tendía, cada vez más, a considerar que todo esto no tenía el sentido literal que parecía encerrar, sino que simbolizaba tendencias más esotéricas de la psique*”.

Freud, entonces, en la plenitud de ese desafío, se lanza a la tarea de profundizar en los orígenes, tomando como fundamento las constelaciones del complejo de

Edipo a través del estudio de la antropología y de la historia de las religiones. Se aboca para ello a lectura del libro de Frazer "Totemismo y exogamia", aparecido en 1910 (Jones, 1953); lee a otros estudiosos como Wundt y Burnett Tylor, y apela asimismo a la teoría de la horda primordial de Darwin - Atkinson, como también a las hipótesis de Robertson Smith, autor que postulaba la estrecha ligazón entre totemismo y comida sacrificial, ligazón de la que, según afirmaba, derivaban incluso ciertos ritos de las modernas religiones, como por ejemplo la comunión del cristianismo.

Del esfuerzo de Freud, que va poniendo en congruencia las distintas observaciones e intelecciones de los citados autores, nace *Tótem y tabú*, obra que por esa razón, como señala Rodrigué (1996, pág. 67), es de "...un linaje intelectual impresionante...", "...una síntesis que reúne especulaciones de la antropología, la etnografía, la biología, la historia de la religión y el psicoanálisis". Reafirmando el énfasis freudiano en la relación entre los orígenes y el complejo de Edipo, agrega el citado autor que "...el subtítulo (...) no deja de ser revelador: 'Algunos aspectos comunes entre la vida mental del hombre primitivo y los neuróticos'".

Freud mismo, en su "Presentación autobiográfica" (1925d, págs. 62/3), refiere que el estudio de estos autores lo condujo a la anhelada coincidencia, sobre una misma base, de aquellas mociones elementales del complejo de Edipo. En sus palabras: "*Mi punto de partida fue la llamativa coincidencia entre los dos tabúes decretados por el totemismo —el de no matar al tótem y el de no usar sexualmente a ninguna mujer del clan totémico— y los dos contenidos del complejo de Edipo -el de eliminar al padre y tomar por mujer a la madre-. Así nos vimos tentados a equiparar el animal totémico al padre (...) Llegados aquí, no faltaba mucho para discernir en el parricidio el núcleo del totemismo y el punto de partida de la formación de religiones.*"

La síntesis de la hipótesis, nuevamente en palabras del propio Freud (1925d, págs. 63/4), es la siguiente: "*El padre de la horda primordial, como déspota irrestricto, había acaparado a todas las mujeres, asesinando o expulsando a los hijos peligrosos como rivales. Pero un día estos hijos se reunieron, lo vencieron, asesinaron y comieron en común, pues él había sido su enemigo, **pero también su ideal**¹. Tras el asesinato no pudieron entrar en posesión de su herencia, pues se estorbaban unos a otros. Bajo el influjo del fracaso y del arrepentimiento aprendieron a soportarse entre sí, se ligaron en un clan de hermanos mediante los decretos del totemismo, destinados a excluir la repetición de un hecho como aquel, y renunciaron en conjunto a la posesión de las mujeres por quienes habían asesinado al padre. En lo sucesivo debían buscar mujeres extranjeras; he ahí el origen de la exogamia, estrechamente enlazada con el totemismo. El banquete totémico era la celebración recordatoria de aquel asesinato enorme, del que nació la conciencia de culpa de la humanidad (el pecado original) y con el cual se iniciaron la organización social, la religión y la limitación ética.*"

¹ El destacado es nuestro.

Rodrigué (1996, pág. 72/3) sintetiza la hipótesis diciendo: *“Del acto consumado surge el **remordimiento**². Habiendo odiado y al mismo tiempo amado al temible padre primordial, los hermanos antropófagos se sintieron asaltados por remordimientos, que se presentan como una naciente ‘conciencia de atrición’. Una especie de ‘protoculpa’ que, teológicamente, establecía la diferencia que va de la atrición a la contrición. En el crisol de esa muerte, el progenitor se vuelve más poderoso que nunca en vida.*

Los hijos borran el gesto parricida con la prohibición de dar muerte al padre sustituto: el tótem. Oprimidos por la atrición, instauran los tabúes fundamentales del totemismo, que debía corresponder, punto por punto, a los dos deseos básicos del complejo de Edipo: la muerte del padre y la conquista de la madre. Sobre la base de este sentimiento de culpa fundarán la civilización. Después del asesinato los ‘hijos retornaron juntos’ y se reconocieron como hermanos. De la misma forma que la fraternidad nace en el acto de conspirar, la filiación se fragua sobre el cadáver. El asesinato transforma literalmente al jefe de la horda en padre; el parricidio inviste al padre de su función.”³

A partir, entonces, de *Tótem y tabú* y de su hipótesis básica, el parricidio, se ensamblan de manera coherente en una misma constelación teórica los elementos básicos del complejo de Edipo. Ambos provienen de la misma catástrofe originaria, prehistoria común que condiciona el origen mismo de “lo humano” y que, siendo fundante, permite ratificar la universalidad del complejo, tal como había sido evidenciada en la clínica. En la hipótesis del parricidio convergían ahora todos los caminos, este asesinato era el crimen magno, el iniciador mismo de la cultura humana, en términos de Rodrigué (1996, pág. 72) “*un Big Bang humanizante*”, predecesor e incluso condicionante de la prohibición del incesto.

De allí que Freud (1912/3, pág. 145/6) diga que “*Estos dos tabúes del totemismo, con los cuales comenzó la eticidad de los hombres, no son psicológicamente del mismo valor. Sólo uno, el respeto del animal totémico, descansa por entero en motivos de sentimiento; es que el padre había sido eliminado, y en la realidad ello no tenía remedio*”. El otro tabú, la prohibición del incesto, surge no ya de una razón de sentimiento, sino fundamentalmente de un fin práctico, repartir las mujeres para no recrear las condiciones que habían llevado al asesinato del padre.

La significatividad del padre cobra plenitud, entonces, tras su asesinato y su posterior internalización. Por eso Freud atribuye a la ambivalencia de sentimientos, sustrato del crimen fundador y de su ulterior destino, la génesis misma de la conciencia moral. Esta representa no sólo la vigencia de la Ley como sustitución de la voluntad del padre, sino además la validación de “lo superior” en relación con la descarga ciega e irrestricta de la pulsión. El padre

² El destacado es nuestro.

³ Atrición, según el diccionario (RAE, 1992), significa “*Pesar por haber ofendido a Dios no tanto por el amor que se le tiene, como por temor a las consecuencias de la ofensa cometida.*” Contrición, por su parte, remite “*En el sacramento de la penitencia, al dolor y pesar de haber pecado ofendiendo a Dios. Arrepentimiento de una culpa cometida.*”

internalizado, condición de la renuncia a lo pulsional, significa la exaltación de la idea, del pensamiento, de la abstracción; esto, en la medida en que el padre pasa a constituirse como aspecto del yo propio, lleva a su vez a que la renuncia misma cobre el valor narcisista de exaltar la valía de la propia persona y propugne el anhelo “cultural” de aquello superior, espiritualizado (Freud, 1912/3; 1939a).

La convergencia de caminos de *Tótem y tabú* brindaba, por fin, un mapa casi completo del territorio de las vicisitudes anímicas, mapa a través del cuál, y por primera vez, podía esbozarse el derrotero evolutivo “del alma de la especie”. Este mapa permitía, además, mantener como núcleo de cristalización la teoría sexual, en el sentido del básico conflicto entre libido e interés narcisista, de la misma manera que respetaba en una plena compatibilidad la significatividad fundante del complejo de Edipo.

Todo ello, sin duda, llevó a que Freud, según sus biógrafos (Jones, 1953; Strachey, 1959; Gay, 1988; Rodrigué, 1996), considerara a *Tótem y tabú* como una de sus obras de mayor importancia y, además, como la mejor escrita. Rodrigué (1996, pág. 68) afirma que de los “*textos doctrinarios*”, era considerado por su autor el segundo en importancia después de *La interpretación de los sueños*. Llamativamente, lo mismo que esta, fue mal comprendida, y muchas veces interpretada superficialmente. Es en este sentido, que los biógrafos coinciden en afirmar que *Tótem y tabú* engendró un gran rechazo, despertando agudas polémicas y recibiendo durísimas críticas.

En efecto, las críticas provenían de muchos sectores, pero especialmente del ámbito de la antropología. Rodrigué (1996) señala que la aparición del libro coincide con un momento de profundo cambio en esta ciencia, que afectaba los terrenos metodológico y teórico. Por un lado, se inauguraba lo que se llamó “antropología de campo”, es decir, los investigadores comenzaban a recurrir a las fuentes; por otro lado, teóricamente, se cuestionaba la generalización evolucionista, hasta entonces en boga, que postulaba los mismos fundamentos para el desarrollo de las distintas culturas.

La teorización freudiana admitía críticas en los dos campos, pues la mayoría de sus referencias antropológicas, provenían de quienes ahora eran considerados, despectivamente, “*antropólogos de sillón*” (Rodrigué, 1996), teóricos que no habían confrontado sus ideas con el propio mundo de “*los salvajes*”, es decir, el lugar dónde acontecían “los hechos objetivos, verificables”, de manera que las hipótesis del libro adolecían del mismo defecto, para quienes así pensaban.

Los argumentos de la crítica se centraban entonces, fundamentalmente, en que, para algunos, nada de lo que Freud decía era verificable, no se encontraban unos “hechos” que corroboraran sus hipótesis, y sí, en cambio, en el trabajo de campo, se encontraban otros “hechos” que parecían desmentirlas. Para estos críticos, además, el psicoanálisis inoculaba en el campo antropológico unas teorías propias, provenientes de otro contexto y carentes de “objetividad”. Esto, a su vez, se entramaba con la crítica hacia la postura evolucionista y, por ende, injustificadamente generalizadora, que se le atribuía a Freud.

Gay (1988, pág. 377) dice, adscribiéndose muchas veces a estas críticas que nos parecen carentes de profundidad intelectual, que *“A medida que los estudiosos del animal humano refinaban sus métodos y revisaban sus hipótesis, los defectos comprometedores de la argumentación de Tótem y tabú fueron saliendo a la luz cada vez con mayores consecuencias (...) Los antropólogos culturales demostraron que, si bien algunas tribus totémicas practican el ritual de la comida totémica sacrificial, la mayoría no lo hace; lo que Robertson Smith había considerado la esencia del totemismo resultó ser una excepción. Del mismo modo, las conjeturas de Darwin y otros acerca de la tribu prehistórica gobernada autocráticamente por un macho polígamo y monopólico no se sostenían ante investigaciones adicionales, en especial el tipo de investigaciones concernientes a los primates superiores con las que no se contaba cuando Freud escribió Tótem y tabú. El inquietante retrato freudiano de la mortal rebelión fraterna contra el patriarcado se fue volviendo cada vez más implausible”*.

El citado autor, pasados casi cien años desde la aparición del libro, llamativamente adhiere a la crítica del *establishment* científico de aquella época, referida a la postura lamarckiana que Freud adoptara en *Tótem y tabú*, necesaria para explicar la herencia de las vicisitudes del crimen primordial. Al respecto dice Gay (pág. 378) que *“La presentación de su asombroso relato, no como un hecho, sino como una fantasía milenaria de los jóvenes enfrentados a los padres, le habría permitido abandonar su tesis lamarckiana”*(!). Agrega más adelante que *“A fines de la década de 1890, Freud se había salvado del absurdo de la teoría de la seducción, desplazándola de la realidad a la fantasía. Pero en este caso (...) adoptó finalmente una posición firme: ¡en el principio era el acto!*⁴. *El hecho de que esta explicación del modo en que surge el sentimiento de culpa recordara sorprendentemente la doctrina cristiana del pecado original, no contribuía precisamente a acrecentar el prestigio de la construcción visionaria de Freud”*.

Es llamativo que el autor, lo mismo que los detractores del ámbito antropológico, centren la crítica en contrastar “hechos” de mayor o menor verosimilitud. Gay, al plantear la fantasía milenaria de rebelión de los jóvenes, considera a ésta “un hecho verdadero”, más plausible que otro, supuesto, no corroborable en la experiencia.

Rodrigué (1996, págs. 64, 76/7) considera, como señalamos, que *Tótem y tabú* es un libro de una riqueza extraordinaria, pleno de contenidos, como, por ejemplo, el ya citado, referido a la significatividad del padre; acerca de esto señala un rasgo que llama su atención, cuando dice que *“Lo que caracteriza Tótem y tabú es que el padre surge ex nihilo, sin haber vencido antes a su propio padre. Es un fundador de genealogía, pero que en rigor se encuentra fuera de ella”*. También destaca el hecho de que el libro constituya *“...un tratado sobre la ambivalencia del hombre, de todos los hombres, en todos los tiempos”*. Sin embargo, afirma también que la importancia teórica de la obra *“... fue corroida tanto por las generalidades de una antropología evolucionista como por*

⁴ Esta frase, perteneciente a Goethe, es aquella con la que Freud culmina *Tótem y tabú*.

el problema de la realidad histórica del crimen primario". Esta "realidad", de hecho, fue enfatizada por Freud en la medida en que, sin duda, *"Siempre consideró importante ese grano fáctico de arena que aglutina la perla fantasmática"*.

En el sentido de esta necesidad fáctica, en 1915, es decir, dos años después de *Tótem y tabú*, Freud volverá a ahondar, e incluso ampliará, las hipótesis históricas acerca de "las realidades fácticas", como constituyentes del sustrato de las neurosis. Lo hará en unos breves artículos que fueron descubiertos tardíamente en la correspondencia de Ferenczi, y que fueron titulados "Sinopsis de las neurosis de transferencia" (1915). Habían sido escritos a instancia del interés de este autor por hallar en la historia evolutiva de la humanidad, unos "puntos de fijación filogenéticos" que dieran cuenta de la secuencia de aparición en el hombre actual de las distintas neurosis. Por ejemplo, ¿por qué la fobia se manifiesta ya en la más temprana infancia, la neurosis obsesiva más tardíamente, en la latencia, y las psiconeurosis narcisistas en la juventud o adultez temprana?

Freud, en estos escritos, retrotrae sus conjeturas a unos tiempos aún anteriores a los de la horda primordial. Supone que la primitiva humanidad vivió un estadio de bienaventuranza en medio de una naturaleza pródiga que satisfacía sin más sus requerimientos; una etapa coincidente con el "paraíso terrenal" o "Jardín de Edén", evocados por la mitología de las religiones. Según estas presunciones, tal época llegó a su fin con el advenimiento de las glaciaciones, que habrían tenido el efecto de convertir el supuesto mundo exterior paradisíaco en una fuente inagotable de peligros, de modo que, a partir de ahí, Freud (1915, pág., 18) especula con que *"...la humanidad se volvió en general angustiada. (...) La libido sexual no perdió ciertamente sus objetos en un principio, puesto que son humanos, pero se puede pensar que, amenazado en su existencia, el yo se distanció hasta cierto punto de la investidura objetal, conservó la libido en el yo, y transformó así en angustia real lo que anteriormente había sido libido objetal"*. En estas vicisitudes encontraría su fundamento el advenimiento filogenético de la disposición al desarrollo de la histeria de angustia.

Señala luego, que la persistencia de los tiempos duros generó un déficit en el aprovisionamiento alimentario, de modo que la proliferación de seres humanos atentaba contra la supervivencia; ante ello se instauró como remedio la matanza de los hijos. Este estado de cosas, acentuó el conflictivo divorcio entre la autoconservación y el deseo genital de procreación, situación que crea la disposición para la histeria de conversión, en la que, justamente, se da la confluencia de *"...prohibiciones que pretenden excluir la función genital (...) con impresiones tempranas fuertemente excitantes [que] impulsan hacia la actividad genital"*. (pág. 20)

Explicando el modo en que supuestamente surgió el padre de la horda, Freud dice que el curso posterior de la evolución se centró en el hombre. Este, en la medida en que economizaba su libido a partir del rebajamiento de la actividad sexual, encontraba unas disposiciones nuevas: el uso de la inteligencia y acrecentamiento del pensamiento por mediación del lenguaje, que podía verter

en el dominio de la naturaleza. Agrega (pág. 21) que *“Como compensación a su capacidad para procurar a otros tantos desamparados la seguridad de la vida, se arrogó una ilimitada dominación sobre ellos; representó en su persona los dos primeros postulados: que él mismo era invulnerable y que no se le podía disputar la libre disposición sobre las mujeres. Hacia el final de este período, el género humano estaba escindido en distintas hordas que un hombre fuerte, sabio y brutal dominaba como padre. Es posible que la naturaleza egoísta, celosa e irrespetuosa que (...) atribuimos al padre primitivo de la horda humana, no hubiese existido desde el principio, sino que se hubiese formado en el transcurso de las graves épocas glaciares como resultado de la adaptación a la necesidad”*.

A este tipo humano, dice, remeda caricaturescamente la neurosis obsesiva, que fracasa por la coexistencia e incompatibilidad de impulsos brutales con ulteriores desarrollos. De modo que, dice Freud (pág. 21), *“...este tipo humano, el más valioso para el desarrollo cultural se extingue por las exigencias de la vida amorosa en su retorno, como el grandioso tipo del padre primitivo mismo que, aunque posteriormente retornó como divinidad, en la realidad se ha extinguido por las condiciones familiares que él mismo se creó”*.

De acuerdo a este artículo, en este período, previo al asesinato del padre, surgen las disposiciones para las tres neurosis de transferencia. El padre, agrega luego, excluía a los hijos no sólo con su alejamiento, sino fundamentalmente con la castración. Los que huían y se sustraían a ese destino, establecían entre ellos los primeros lazos fraternos, sustentados en mociones homosexuales.

Será entonces la presión ejercida por el padre, la que dará lugar a la génesis de las disposiciones para el ulterior desarrollo de las neurosis narcisistas. Así la demencia precoz, especialmente su variedad hebefrénica, remedará las vicisitudes de la pérdida libidinosa por la castración; la paranoia, por su parte, reproducirá la fase de la unión fraterna de los hermanos, *“con sus alianzas secretas”* y su *“perseguidor”*, y como expresión de la defensa frente a la moción homosexual.⁵

Es interesante señalar que Freud liga la disposición al desarrollo de las alteraciones maníaco-depresivas, al asesinato del padre de la horda. Dice, consecuentemente, que *“Si nos fijamos en la característica alternancia entre depresión y euforia, es difícil no recordar la tan parecida sucesión de triunfo y duelo que constituye un componente regular de las festividades religiosas: duelo por la muerte del dios, triunfal alegría por su resurrección. Esta ceremonia*

⁵ Testimonio de la fidelidad de Freud a “la realidad de los hechos” es que repara, atento a cualquier crítica y a que no se escapen detalles, en que un lector atento repararía en que los hijos castrados no podrían transmitir la herencia de esos sucesos, de modo que supone que fueron los que observaban y temían la vehemencia del padre los que transmitieron tales vivencias a su descendencia. Asimismo, aclara, las mujeres participaron de los mismos resultados por herencia cruzada. La referencia a la hebefrenia, remite a que ésta puede representar tales “realidades fácticas” porque en ella, no raramente, suceden episodios de auto-castración y mutilaciones.

*religiosa, sin embargo (...), sólo en dirección inversa repite el comportamiento del clan fraterno después de haber vencido y matado al padre primitivo: triunfo por su muerte y luego duelo por ella, porque, no obstante, todos lo habían venerado como **modelo**.*⁶ Así, este gran acontecimiento de la historia de la humanidad, que puso fin a la horda primitiva y que la sustituyó por la organización triunfante de los hermanos, daría la predisposición para la peculiar sucesión de estados de ánimo que reconocemos como especial afección narcisista, junto con las parafrenias. El duelo por el padre primitivo surge de la identificación con él, y ya hemos demostrado que esta identificación es la condición del mecanismo melancólico”.

En síntesis, en “La sinopsis de las neurosis de transferencia” Freud vincula a la “realidad histórica” de las glaciaciones y a la emergencia de “peligros externos reales” que se le asocian, el condicionamiento filogenético para el ulterior desarrollo de las neurosis de transferencia. Las neurosis narcisistas, en cambio, devienen producto del período histórico de la horda primordial y, específicamente, son un remedo de los sucesos “reales”, vinculados a la presión que el “padre brutal” ejercía sobre los hijos varones.

De manera que, como vemos, en este artículo Freud vuelve a enfatizar el carácter de “realidad histórica” que adjudica a sus conjeturas, adjudicación que ya había sido motivo, como señalamos, de la gran polémica generada en torno a la licitud y la veracidad de las hipótesis volcadas en *Tótem y tabú*.

La hipótesis freudiana del parricidio ¿mito o realidad?

En la exposición freudiana de *Tótem y tabú*, entonces, se procura explicar la importancia del vivenciar actual como una reverberación del pasado filogenético. El anacronismo de las neurosis, “la perla fantasmática”, se aglutina para Freud en torno a los residuos de una realidad fáctica correspondiente a una “verdad histórica”. De modo que las neurosis reeditan fases culturales del desarrollo humano; “...*procuran lograr mediante medios privados, lo que en la sociedad surgió por el trabajo colectivo*” (Freud, 1912/3, pág. 79).

Esto es lo que queda “revelado” —al decir de Rodrigué— en el sugerente subtítulo de la obra: “*Algunos aspectos comunes entre la vida mental del hombre primitivo y los neuróticos*”.

Este paralelismo y contraste entre lo ancestral y lo actual, facilitado por los materiales antropológicos, se prestaba para figurar una constatación coherente de lo que revelaba la clínica: la universalidad del complejo de Edipo. La cultura como un todo asentaba en los mismos motivos y mostraba que también en ella, como en el neurótico, tras cada prohibición hay un anhelo, y que tanto lo uno como lo otro son vicisitudes poco sobrenaturales y demasiado humanas, fraguadas, como no podía ser de otra manera, en aquellas “realidades fácticas” y en los destinos pulsionales que, por consiguiente, eran “su consecuencia”.

Freud, como hemos dicho, estaba fuertemente motivado para ello, entre otras cosas, por la áspera disputa con Jung y sus seguidores. Pensamos que las

⁶ El destacado es nuestro.

dificultades afectivas de esta relación se desplazaron sobre aspectos de la teoría, forzando a ambos autores a extremar posiciones, de modo que Freud ahora, en el contexto de las supuestas “verdades históricas” descubiertas, no dejaba lugar para la mística; la religión misma, ese bastión de lo sobrehumano, mostraba en sus usanzas y ritos, el sello de su prosaico origen. Ella, como todo lo humano, se había moldeado en las improntas concretas de unos ancestrales sucesos, que son los que aparecen figurados más tarde en el complejo de Edipo. Con estas “realidades”, por consiguiente, Freud alejaba al psicoanálisis, definitivamente, “...de la negra avalancha del ocultismo” (Jung, 1961, pág. 160).

La necesidad, entonces, de enfatizar el hallazgo de un fundamento de “verdad histórica”, desplaza el punto de mira de *Tótem y tabú* hacia un modelo antropológico. El complejo de Edipo es explicado como derivando de los “hechos históricos”, lo mismo que las vicisitudes pulsionales que se le asocian. Sin embargo, el “*impresionante linaje intelectual*” (Rodrigué, 1996, pág. 67) en el que el libro se sustenta, así como toda su profunda riqueza de contenido simbólico, hacen que este rasgo pase muchas veces desapercibido y que el lector, por así decir, se olvide de la referencia concreta al pasado, mientras “es llevado” por el fascinante “presente vivencial” del relato que reverbera con la fuerza de los afectos⁷.

No obstante esto último, debemos imaginar que respecto a estas supuestas verdades históricas, cabría diferenciar, al menos, tres tipos de lectores: unos que considerarían verosímil, en calidad de hechos, lo expuesto por Freud, y estimarían como verdaderas las hipótesis derivadas; otros, que considerasen, como hicieron los críticos del campo antropológico, que los hechos referidos no se constatan y que, por tanto, nada de lo dicho tiene valor, en la medida en que no es “objetivo”; por último, estarían aquellos que, considerando que los supuestos hechos no son reales, estimaran, sin embargo, que el contenido de lo que se procura expresar es esencialmente valioso y, no siendo verdadero, es no obstante cierto.

Esta última postura es la que asume Rodrigué, quien no casualmente y haciendo uso de una sutil ironía, llama a *Tótem y tabú* “el libro de los mitos”. Afirma también, al profundizar en la divergencia entre Freud y Jung, que “...en la tarea de explicar los orígenes...” ambos pensadores “...usan una **ficción**⁸: en el caso de Freud, tenemos el padre de la horda; Jung, por su parte, presenta a la Gran Madre, junto con el mito del héroe. En la simbología triangular de estos mitos está en juego la estructuración del sujeto. Para Jung, en el comienzo de todo está el arquetipo materno, la misteriosa Madre Naturaleza. Para Freud la historia se inicia con el asesinato del Gran Padre” (Rodrigué, 1996, pág. 67).

⁷ Cabe consignar que estos afectos que hacen de la historia algo profundamente creíble, surgen a su vez de la constelación edípica ya presente en el lector y atribuida por identificación a los personajes de la historia. En otras palabras, nos resultan convincentes las acciones, por ejemplo, del padre celoso cuando suponemos aquellos celos originados en las vivencias edípicas; las mismas a las que se quiere hacer nacer **luego** de las referidas acciones.

⁸ El destacado es nuestro.

Todas las posibles apreciaciones acerca de la cualidad mítica o real de las referencias freudianas, nos remiten a una cuestión llamativa: los psicoanalistas encontramos la significatividad de parricidio e incesto, justamente, en las constelaciones vivenciales del complejo de Edipo, y es desde esta visión que encontramos convincentes las hipótesis de *Tótem y tabú*. El libro, entonces, procura explicar de dónde surge el complejo de Edipo pero, paradójicamente, ¡es sólo desde la actualidad del complejo de Edipo que podemos comprenderlo y asignarle credibilidad!

Pensamos nosotros, por ese motivo, que la dicotomía mito-realidad debe ser trascendida, en la medida en que, como suponemos, lo que plantea *Tótem y tabú* **es un mito y también una realidad** a la que el mito alude simbólicamente.

Ahora bien, el camino para trascender esta dicotomía nos lo señala el propio Freud, en la medida en que él mismo, muchas veces, expone otro modelo que promueve un punto de vista diferente. Es aquel que explica un “hecho cultural” como representante simbólico de los destinos pulsionales de determinada fase libidinal. Si nos adscribimos al mismo, debemos pensar que -inversamente a lo que sucede en el modelo anterior- son primariamente las pulsiones las que están figuradas simbólicamente en los sucesos representados en el complejo de Edipo. Este es, por así decir, el dibujo con que las pulsiones se autorepresentan.

Exploremos más esta perspectiva. Sabemos que el neurótico, al decir de Freud, sufre de reminiscencias, o, en otros términos, “regresa” a la fase del desarrollo psicosexual en que su libido ha permanecido “fijada”. Esto, en esencia, no significa que vuelve a “un lugar” dónde reside el supuesto pasado, sino que, a partir de una imposibilidad actual, fantasea un suceso traumático supuestamente acaecido en el pretérito. De manera que es “su posición libidinal” la que asigna el carácter de “realidad histórica” a unos “hechos” cuyo perfil dibuja, y cuya misma “lectura” es, ni más ni menos, función de la actualidad de determinada constelación pulsional.

Freud, entonces, cuando descubre en las neurosis el *proton pseudos*, inaugura un nuevo punto de vista psicoanalítico, según el cual el pasado histórico es una “realidad psíquica” que encuentra su “realidad material” en las vicisitudes de la pulsión (léase también afecto) ⁹.

La intención de nuestro trabajo, justamente, es aplicar este criterio en lo concerniente a las hipótesis de *Tótem y tabú*, de manera que podamos traducir la supuesta “realidad fáctica” de unos “hechos históricos”, a la condición de otros tantos mitos que “prestan figurabilidad” a un acontecer vivencial ligado al devenir de las pulsiones. Cabría afirmar entonces, de acuerdo con lo expresado y como se infiere de lo señalado por Rodríguez (1996, pág. 64), que **“el libro de los**

⁹ Esto no siempre es comprendido claramente, quizás porque en ello está implícito un modo de pensar resistido, que invalida la concepción disociada de psiquis y soma y que, contrariamente, invita a la unificación de ambos referentes. De manera que en este recodo del camino freudiano, convergen la epistemología manifiesta, ligada a las concepciones de la época, y una epistemología latente, que trasciende los conceptos de tiempo, espacio, cronología, psíquico, somático, etc. (Chiozza, 1989).

mitos” es en sí mismo un mito, una alegoría o metáfora que procura dar cuenta de un acervo de vivencias. Estas son sin duda “reales”, pero reales sólo efectivamente en su **actualidad**.

Chiozza (1983d), refiriéndose a la supuesta “realidad” de una historia, señala que su “...verdadero sentido primigenio...” es su carácter de “...mito sempiterno, cuyo misterio radica en esa unidad significativa, cerrada en sí misma con la perfección de una esfera, que llamamos temática”. Luego, afirma, el proceso secundario, transforma, restringiendo, esa primaria cualidad en una “cronología”.

En el mismo sentido, el citado autor afirma (Chiozza, 1983d) que las representaciones del complejo de Edipo, como por ejemplo incesto y parricidio, no refieren a los “hechos” a los que manifiestamente aluden, sino que estos son símbolos que remiten a “otra realidad”, aquella que, justamente, es la representada alegóricamente en el mito. Al hablar del concepto de fantasía, en “Definiciones para un diccionario” (Chiozza, 1990a), el autor se pregunta también si la hipótesis de la horda primordial que Freud plantea no tiene el carácter de un recuerdo encubridor.

Teniendo como fundamento esta perspectiva teórica, Chiozza (1963; 1967a; Chiozza y Wainer, 1974a) abordó oportunamente la investigación del contenido latente de las fantasías incestuosas, concluyendo en que las mismas encubren la pervivencia de una excitación narcisista que, a la vez, es anhelada y temida. De modo que en la elección del objeto consanguíneo quedaría expresado, transaccionalmente, el intento de salida del narcisismo y también su satisfacción. El horror al incesto, sería entonces expresión del temor a quedar expuesto al “maná” de una excitación de esa índole, sin la posibilidad de derivación en niveles progredientes, y con su consiguiente tanatización.

Ahora bien: ¿cuáles son los referentes representados a través de la figura del incesto, a los que el mito alude? Chiozza los reconduce a las vicisitudes del desarrollo orgánico, o sea, el crecimiento y la reproducción celular, procesos en esencia narcisistas, ya que suponen la génesis misma del yo -esencia cuerpo (Freud, 1923c)-, y que son aquellos que logran figurabilidad en las constelaciones alegóricas del mito. Tales fantasías cobran representación sólo en la medida en que constituyen **metas actuales** en las vicisitudes de la pulsión, y estas metas son la actualidad a la que se alude con un sempiterno pasado desde el cual se constituye una “story” y no una “history”.¹⁰

De acuerdo con lo anterior, entonces, **toda la hipótesis de la horda primordial, el parricidio y la devoración del padre, sería una constelación simbólica que alude a un momento pulsional.**

¹⁰ Dice Chiozza (1979b) “Creo que el sentido pleno o primordial de la historia no es el de la secuencia antecedente-consecuente como cronología o como genética que constituye la history de los ingleses, sino el de una temática recurrente e iterativa que se constituye como story, narración o mito...”

Reconsideraciones acerca de las fases del desarrollo psicosexual

Como acabamos de ver, a partir de su perspectiva teórica, Chiozza esclarece lo referido al incesto. Si procuramos una perspectiva semejante en lo atinente al tema que nos ocupa, cabe que nos preguntemos ¿cuáles serán aquellas vicisitudes actuales de la pulsión a las que las “construcciones” freudianas de *Tótem y tabú* prestan figurabilidad?¹¹

Recorrer el camino hacia la respuesta exige que por un momento volvamos atrás, específicamente a las referencias citadas de *Tótem y tabú* y de la “Sinopsis de las neurosis de transferencia”.

En la primera de las obras, Freud (1912/3, pág. 12) señala que el tótem es “*Por regla general, un animal **comestible**, inofensivo, o peligroso y temido; rara vez una planta o una fuerza natural*”. Es el antepasado común del grupo, y las obligaciones de éste para con él son, fundamentalmente, la prohibición de matarlo y **la abstención en el consumo de su carne**. En estos “hechos”, tal como hemos señalado, el autor discierne que el animal totémico es un sustituto del padre, admirado y temido, lo mismo que éste. Se enfatiza entonces el asesinato y el arrepentimiento, en tanto que la devoración es estimada como un acto mágico posterior, destinado a incorporar las cualidades admiradas del padre. Por otra parte, no se establece ninguna ligazón entre estos “hechos” supuestos y las particularidades funcionales de las diferentes zonas erógenas, o las fases del desarrollo pulsional a ellas adscriptas.¹²

En la “Sinopsis de las neurosis de transferencia”, como vimos, Freud vincula específicamente los episodios ligados al asesinato del padre, como “punto de fijación filogenético”, con los estados maníaco depresivos. Tales estados, en su vivenciar, actualizarían las mociones de sentimiento correspondientes a sus equivalentes prehistóricos. En estas referencias, pensamos, comienzan a introducirse por primera vez ideas que desplazan el acento hacia los procesos incorporativos, aquellos que, en adelante, cobrarán máxima importancia teórica.

Creemos que Freud escribe esas consideraciones -recordemos que lo hace en 1915- teniendo *in mente* la idea de la **incorporación oral** y, por ende, la destrucción del objeto, ligada al proceso de identificación, tal como lo desarrollará acabadamente en 1917 en “Duelo y melancolía”.

Esta vía de pensamiento, extraordinariamente fructífera, se abría justamente en esta época a instancias de las riquísimas aportaciones de Karl Abraham, autor que investigando las psicosis maníaco depresivas, reparó en la importancia que adquirirían en tales patologías los procesos vinculados a la alimentación y las fantasías correspondientes.

¹¹ Usamos en este contexto la palabra “construcciones” con un sentido análogo al que Freud (1925h) le asigna en lo referido al tratamiento psicoanalítico, pues pensamos que en lo concerniente a la historia evolutiva de la humanidad, las conjeturas freudianas podrían tener un carácter equivalente. Una consideración de este tipo, por cierto, formaría parte de la vertiente mítica explorada.

¹² Los destacados en negrita son nuestros.

Si bien Freud, hasta ese momento, había descrito la importancia de la oralidad y su incidencia en distintos trastornos, la había restringido, sin embargo, a la actividad de **succión**. Abraham, dando un paso más, descubre que en las patologías que investiga está involucrada particularmente la actividad de **morder**, así como todas aquellas fantasías ligadas a la **devoración**. Esto, señala, ya había sido vislumbrado por psiquiatras de la talla de Kraepelin, quien había descrito numerosos casos de psicosis maniaco-depresiva en los que las fantasías de devoración cobraban singular importancia. Afirma entonces Abraham (1916, pág. 49): *“Vemos a las fantasías **canibalísticas** expresarse muy claramente en una forma particular de ilusión depresiva. En el pasado esta ilusión estaba extraordinariamente difundida y aún hoy no ha desaparecido por completo. Es la de ser transformado en un animal salvaje, devorador de hombres, en un lobo. La antigua psiquiatría estaba tan familiarizada con esta autoacusación alucinatoria, que dio a esta particular forma de ‘posesión’ el nombre de licantropía”*.¹³

Abraham, a partir de estas observaciones e ideas, será gestor de una nueva clasificación de las fases del desarrollo psicosexual, que amplía la propuesta original de Freud. Propone, en efecto, dividir la fase oral en una subfase primaria o de succión y otra secundaria, sádica o canibálica; de la misma manera concibe una división para la fase anal sádica descrita por Freud, proponiendo una subfase anal primaria o expulsiva y otra anal secundaria o retentiva (Abraham, 1924).

Como se infiere de lo dicho, la denominación “**canibálica**”, aplicada a la segunda mitad de la fase oral, deviene producto de la observación de un particular conflicto, ligado al incremento de los montantes de agresión y la consiguiente emergencia de una fuerte ambivalencia respecto a los objetos en los que, justamente, confluyen ahora estos sentimientos agresivos junto con el amor (léase también valoración)¹⁴. Este incremento de la agresión, como sabemos, queda expresado en la emergencia de los dientes, las “*armas efectoras*” (Chiozza y col., 1995c) de la nueva modalidad alimentaria que se inaugura en esta fase.

El psicoanálisis, clásicamente, adoptó la clasificación de las fases del desarrollo psicosexual propuesta por Abraham y adoptada por Freud. Además, estimó que las fases oral y anal, respectivamente, se desplegaban cada una al modo de un solo conjunto, es decir, como bloques independientes. Primero emergía toda la oralidad con su secuencia de fases, de succión y canibálica respectivamente; más tarde, con la declinación de la oralidad, emergía con la condición de una novedad evolutiva el erotismo anal, que se instalaba asimismo con su secuencias expulsiva y retentiva respectivamente.

¹³ El destacado es nuestro.

¹⁴ Abraham hace claras distinciones entre una y otra de las fases de la oralidad, y vincula la ambivalencia, específicamente, a la fase canibálica, estimando a la fase de succión como pre-ambivalente. Según Laplanche y Pontalis (1967) estas diferencias, y la consecuente concepción de una fase pre-ambivalente, fueron opacadas por la influencia de los desarrollos de Melanie Klein y su consideración de un sadismo oral que reina desde el principio de la vida del sujeto.

Por nuestra parte, pensamos que esta consideración de las fases como conjuntos unitarios e independientes, conlleva un malentendido que, por así decir, aleja esas consideraciones teóricas de las realidades clínicas.

En un trabajo anterior (Corniglio, H. Y Chiozza, G., 1996), estudiando la libido estomacal, veíamos que a la fase oral secundaria en la que, como señalamos, emergen los dientes, correspondían simultáneamente importantes cambios a nivel del estómago. Este órgano, que hasta el momento de la aparición de los dientes había cumplido casi exclusivamente funciones de reservorio, adquiere la capacidad de secreción ácida que será su característica “adulta” y que hará posible la digestión de alimentos más complejos que la leche materna, fundamentalmente la carne. El intestino simultáneamente se acopla a estos cambios y, acorde con ellos, condiciona sus modalidades funcionales. De manera que las modificaciones que tienen lugar abarcan la totalidad del tubo digestivo de la boca hasta el ano.

Esta correspondencia entre la boca y el resto del tubo digestivo, que tan claramente se discierne en la fase oral secundaria, es válida también en lo concerniente a la fase oral primaria. De esta manera, por ejemplo, durante la fase oral de succión, a la que le corresponde la ingestión de la leche y la papilla, el estómago es poco ácido y los excrementos no adquieren todavía una consistencia sólida, es decir, corresponden a lo anal expulsivo. Con la emergencia de los dientes y la ingestión de sólidos, el estómago, como dijimos, adquiere el máximo y el límite de su capacidad de digestión ácida y, al mismo tiempo, la materia fecal se hace más sólida, correspondiendo esto a la fase anal retentiva.

Siendo esto así, sin embargo, esta correspondencia no es tenida en cuenta en la consideración psicoanalítica clásica, y en ella, por así decir, hay un divorcio entre el sadismo de la fase oral y el correspondiente a la fase anal. Desde nuestro punto de vista, en cambio, este divorcio admite una unificación, ya que cabe imaginar una fase conjunta, de reunión, en la que coexisten la oralidad y la analidad secundarias y que estaría caracterizada, toda ella, por el incremento de la agresión. En otras palabras: cabría considerar una fase digestiva primaria, con un componente oral y anal propio, y una fase digestiva secundaria, sádica, en que estarían también, simultáneamente involucrados, los procesos orales y anales respectivos.

Es de todos conocida la pertinacia de los niños que, en un mismo período de su desarrollo, muerden el pecho de la madre y se niegan simultáneamente a “evacuar las heces en la bacinilla”. Esta última expresión, por cierto en desuso, corresponde al propio Freud (1905d, pág. 169), quien señala esta “coincidencia” cuando dice que *“Uno de los mejores signos anticipatorios de rareza o nerviosidad posteriores es que un lactante se rehuse obstinadamente a vaciar el intestino cuando lo ponen en la bacinilla”*. Juanito (Freud, 1909b), quien temía ser mordido por el caballo, representante de su padre, refiere el propio “jaleo” que es capaz de generar cuando lo esfuerzan en la tarea evacuatoria. Pero es en el historial del hombre de las ratas, dónde este nexo entre las mociones pulsionales oral canibálicas y anales aparece claramente representado. Dice allí

Freud (1909d, pág. 169): *“Cierta vez que (el paciente) estaba visitando la tumba de su padre había visto un animal grande, que tuvo por una rata, correteando por el túmulo. Supuso que vendría de la tumba de su padre y acababa de darse un banquete con su cadáver. Es inseparable de la representación de la rata que ella roe y muerde con sus afilados dientes (...) Y él mismo era un tipejo así de asqueroso y roñoso que en la ira podía morder a los demás...”* y que, no olvidemos, se debatía en el tormento del castigo de la introducción de las ratas por el ano.¹⁵

Lo anterior nos lleva a pensar que esta correspondencia entre el niño que muerde el pecho y el niño que, en actitud díscola, se niega a evacuar en la bacinilla, signan un período de la infancia que se asemeja puntualmente a la rebelión del joven “adolescente”.

Esta “rebelión adolescente precoz”, fugaz por cierto y desatada en la infancia, confluye en la fase genital primaria que, por insuficiente, sucumbe a la **latencia** y que caracteriza la acometida en dos tiempos de la sexualidad humana. Los montantes de agresión de esta fase, ligados, como veremos, a un incremento de la necesidad de materializar la identificación padre, encuentran freno, justamente, en los mecanismos obsesivos de control de la latencia, tendientes a neutralizar el sadismo emergente. Por otra parte, es en este “período de control” de la agresividad, y en la coincidencia de estos conflictos entre el “amor” y la “agresión”, que tiene lugar la segunda dentición con la consecuente pérdida de los dientes de leche.

De manera que todo esto nos hace pensar que los machos jóvenes, incipientes humanos, aquellos que díscolos y en rebelión conspirativa matan al padre, lo devoran y luego se arrepienten y generan la religión, son un símbolo de las vicisitudes pulsionales, dramáticas por cierto, del niño en estas fases del desarrollo.

La adquisición del comer

Lo que Freud describe entonces con la cualidad de unos sucesos históricos reales, es decir, la ambivalencia respecto al padre, su asesinato y ulterior devoración, tiene que ver con la emergencia de la oralidad secundaria o canibálica, más precisamente con el pasaje de una fase a otra en el desarrollo de la oralidad, es decir, con el destete y la aparición de los dientes y el consiguiente pasaje de la leche a la carne. Estos cambios, como señalamos, si bien admiten como símbolo privilegiado la boca y sus dientes, también trascienden esta zona erógena para involucrar la totalidad del tubo digestivo.

¹⁵ Rodrigué (1996, pág. 64) señala que el historial del hombre de las ratas pertenece a “la juventud” del movimiento psicoanalítico, y, acorde con lo que señalábamos al comienzo, forma parte de esa serie de escritos que convergen luego en la temática que nos ocupa. Efectivamente, en él se inician una serie de líneas teóricas de máxima importancia, por ejemplo, afirma el citado autor, *“En psicopatología, la atención recae sobre la neurosis obsesiva y la paranoia; estas dos puntas de lanza abren un horizonte teórico que se constituirá con toda su amplitud en Tótem y tabú”*.

También se hace necesario destacar -pues nos ayudará a comprender la significatividad de esta fase- que si tomamos el curso del desarrollo de un individuo desde la fecundación en adelante, veremos que cada etapa sucesiva posee una forma particular de satisfacer las demandas del crecimiento, y que el conjunto de las primeras fases reconocerá ciertas regularidades significativas.¹⁶

El huevo, por ejemplo, en los primeros días del desarrollo y antes de insertarse en el útero, viaja por la trompa de Falopio y se nutre pasivamente por difusión. Lo hace a expensas de las secreciones de las células epiteliales de la trompa y de las glándulas uterinas que están diseñadas a esos efectos, segregando abundante glucógeno, lípidos y glucosaminoglucanos, que forman un magma alrededor del embrión (Hib, 1994).

A partir del séptimo día del desarrollo y hasta el catorce, la modalidad nutricional no cambia; los elementos nutricionales siguen incorporándose por difusión, pero son cedidos por el endometrio. Luego, cuando se instala la circulación útero-placentaria primitiva, las células embrionarias comienzan a absorber elementos de la sangre materna, enriquecidos por las secreciones de las glándulas endometriales (Hib, 1994).

Inmediatamente, cuando comienzan a proliferar las vellosidades coriales, se nutrirá en la “*red lacunar*” que contiene la sangre materna. Más tarde, ya estructurada la placenta y el cordón umbilical, se constituirá una sola laguna que funciona al modo de “... *una extensa anastomosis arteriovenosa intercalada entre gran número de arterias y venas maternas*” (Hib, 1994, pág. 91). Es decir, la laguna se comportará al modo de una represa que regula la velocidad de pasaje de la sangre para facilitar el intercambio entre el feto y la madre.

El fantástico ingenio de las estructuras que facilitan los intercambios entre la madre y el hijo, nos dan la pauta de que tales mecanismos se abocan específicamente a que el embrión y luego el feto, tengan asegurado su aprovisionamiento de nutrientes y que, además, los reciban de manera **continua**.

Con el nacimiento sucede un primer gran cambio:¹⁷ se interrumpe el aprovisionamiento continuo, y el bebé dependerá ahora de la leche materna, un alimento también dispuesto para él, específico en alto grado, y que recibirá de forma discontinua pero **regular**.

¹⁶ En un trabajo anterior (Corniglio, H. y Chiozza, G. 1996, pág. 12), decíamos que estas maneras nutricionales podían correlacionarse con las distintas modalidades alimentarias en la filogenia, ya que “... *básicamente, hay organismos que se nutren por difusión pasiva, absorbiendo elementos sencillos presentes en su medio; otros, en cambio, a medida en que complejizan su estructura, demandan para la materialización de la misma otros alimentos cuya disposición exige nuevos y mayores esfuerzos. Sobre la misma base de los organismos sencillos, observamos luego la emergencia de otras formas de vida, por ejemplo, los animales herbívoros, y en la cúspide de esos desarrollos los carnívoros que, como es obvio, deben cazar su comida*”.

¹⁷ Chiozza (1963), al estudiar las fantasías hepáticas, describe un momento fisiológico de insuficiencia hepática (castración hepática), ligado al corte del cordón umbilical y el consiguiente cese de suministro de la sangre materna.

La especificidad de la leche es una característica de todos los mamíferos, ya que “...el sistema digestivo del mamífero lactante requiere de desarrollo adicional y crecimiento antes de poder desempeñar la totalidad de sus funciones.” (Curtis y Barnes, 1989, pág. 739) ¹⁸. Además, junto con la adaptación a la posibilidad digestiva del lactante, la especificidad de la leche es extraordinaria en cuanto a las necesidades nutricionales de la cría. Así, por ejemplo, la leche de foca tiene un altísimo contenido graso respecto a otras especies, en la medida en que está destinada a un cachorro que deberá desenvolverse en aguas marinas de bajas temperaturas. Otro ejemplo aún más asombroso es la hembra de canguro, que puede brindar una dieta tan especializada que si lleva en la bolsa dos crías de diferentes edades, provee a cada una de la leche requerida a través de tetas diferentes (Curtis y Barnes, 1989).

Vemos entonces que en la etapa embrionario-fetal primero y más tarde en el período de lactancia, las crías de los mamíferos tienen facilitada su nutrición y, por así decir, vienen provistas de su alimento específico en tanto crecen y hasta valerse solas. Es como si la naturaleza, al traerlas al mundo, les hubiera asegurado temporalmente el alimento, asignándoles un “**crédito alimentario**” que finaliza con el destete.

En el ser humano, finalizada la lactancia y en el momento que el psicoanálisis conceptualiza como **fase oral secundaria o canibática**, la nutrición láctea se hace insuficiente para unas demandas de crecimiento nuevas y mayores; el individuo, ahora, deberá conseguir por sí mismo aquello que necesita. En otras palabras, y apelando a la anterior metáfora, cabría decir que **el crédito se acaba**.

Considerado esto, vemos que no se trata solamente de un cambio más en el desarrollo evolutivo; el fin del “crédito alimentario” marcará un antes y un después, sólo parangonable en sus consecuencias al corte del cordón umbilical. A partir de aquí el individuo no sólo adquiere su forma de alimentación definitiva, culminando la maduración de su aparato digestivo¹⁹, sino que pasa a ser considerado, para la Naturaleza un adulto desde el punto de vista alimentario. A partir de ahora, ésta no tendrá miramientos para con él; si desea comer, deberá ser capaz de proveerse su alimento.

Chiozza y colaboradores (1995c), describen lo que acontece en la fase oral secundaria, enfatizando la cualidad profunda y trascendente de los cambios que

¹⁸ Cabe señalar, además, que durante la lactancia la escasa acidez del estómago permite mantener activa una enzima que degrada las grasas de cadena corta de la leche (Lenoir, 1977), lo cual, en su momento (Corniglio, H. y Chiozza, G., 1996), nos llevó a suponer que durante la lactancia el estómago se comportaba de manera semejante al intestino delgado -del cual deriva-. Por otra parte, en todos los mamíferos, cuando comienza la ingesta de alimentos sólidos, cesa la producción de lactasa, una enzima que en el intestino permite asimilar la lactosa. La excepción a esta regla es la especie humana y, dentro de ella, particularmente los occidentales que pueden seguir tomando leche siendo adultos (Curtis y Barnes, 1989).

¹⁹ Debemos tener presente que esta maduración carecería de utilidad si no se acompañara a su vez de otros cambios, como por ejemplo en la motricidad. En este sentido, y para esta misma época sabemos que culmina el proceso de mielinización y, como retomaremos luego, se inicia la marcha que, poniendo distancia con la madre, se orienta hacia la búsqueda del padre.

en ella tienen lugar, y que, afirman, afectan simultáneamente al yo, al superyó y a la relación con los objetos.

El niño, señalan, se potencia agresivamente con la aparición de los dientes, ya que estos dispositivos inauguran una posibilidad inexistente en la fase oral de succión: dañar el pecho de la madre. Esta alternativa forzará profundas modificaciones: por un lado, obtendrá placer de órgano en el ejercicio agresivo del morder y, por otro, recibirá la reprobación materna ante el dolor que es capaz de ocasionar, de manera que sus sensaciones premian lo que desde su percepción es reprobado y esta reprobación pone límite al ejercicio desinhibido de su agresión.

Estos factores antagónicos demandarán una complejización del sistema normativo (superyó), pues el niño - dicen los autores siguiendo a Freud - deberá ahora "*distinguir entre el bien y el mal*". Al mismo tiempo tendrá que diferenciar sus impulsos, pues unos son premiados y otros censurados. Esto conlleva el diferenciar acciones, dado que unas deberán ser inhibidas y otras ejecutadas. Asimismo, deberá diferenciar entre los objetos aquellos que son susceptibles de ser mordidos de los que no lo son.

Morder y masticar, entonces, configuran una acción necesaria y eficaz del yo, que implica conjugar el amor y la agresión, pero que además y fundamentalmente, se ejerce de manera conciente y a partir de una autorización voluntaria del yo.

En nuestro trabajo acerca del estómago (Corniglio, H. y Chiozza, G., 1996), como recién señalamos, decíamos que en la fase que estamos describiendo, junto con la aparición de los dientes, suceden importantísimos cambios a nivel del estómago y que estos estaban destinados, fundamentalmente, a degradar el colágeno de la **carne animal**, proceso sin el cual ésta no podría ser digerida. La ingestión de carne será, efectivamente, una nueva necesidad, acorde con las mayores demandas que impone el crecimiento, y que se expresarán con la cualidad de un hambre nueva. Una nueva modalidad pulsional que se satisface con un objeto nuevo: la carne.

Sucede que nuestra especie no posee un tubo digestivo lo suficientemente largo, y consiguientemente el tránsito del alimento es relativamente rápido con relación a otras especies.²⁰ Esto hace que seamos particularmente ineptos para digerir fibras vegetales; por otra parte, los componentes calóricos de los vegetales son menores, pero fundamentalmente sus aportes proteínicos no satisfacen totalmente nuestras necesidades. Ello se debe a que las proteínas, como sabemos, son los elementos estructurales del organismo, y se fabrican en base a aminoácidos, que son sus constituyentes. Algunos de los aminoácidos necesarios para fabricar nuestras proteínas, son sintetizados por el propio organismo en base a nutrientes como féculas, azúcares o grasa vegetal, pero hay diez aminoácidos, llamados "esenciales", que el organismo no puede

²⁰ Esto, por cierto, queda referido, por ejemplo, a los rumiantes que con varias cavidades digestivas y mediante un proceso muy lento y complejo, pueden degradar fibras vegetales para luego transformarlas en proteínas. Por otra parte, los grandes mamíferos comedores de hierbas deben pasar la mayor parte de su vida comiendo para lograr el aporte suficiente de nutrientes.

sintetizar, de modo que *“La única manera de obtenerlos estriba en comer plantas o animales que tengan la capacidad de sintetizarlos o que los hayan ingerido por nosotros”* (Harris, 1985, pág. 32).

Algunos alimentos vegetales contienen los diez aminoácidos esenciales, pero en unas proporciones relativas muy pequeñas que limitan nuestra posibilidad de convertirlos en proteínas, especialmente aquellas de reserva que son las que el organismo guarda para satisfacer las demandas del desgaste, por ejemplo, en la recomposición de los tejidos. Es como si la fisiología operara con la meta del *“ahorro de proteínas”* (Harris, 1985) con fines estructurales y, por consiguiente, procurara un excedente que impida malgastar recursos exigüos en la reconversión energética.

Estas particularidades del metabolismo hacen que estemos *“...adaptados, por lo que parece, a ‘productos dietéticos de alta calidad, concentrados en cuanto al volumen, y rápidamente digeribles’. Los alimentos de origen animal son exactamente lo que exige esta fórmula”* (Harris, 1985, pág. 38).

En este sentido, Harris, el autor que venimos citando en los últimos párrafos, llega a decir que *“En sentido estricto, la proteína de mayor calidad que podemos comer se encuentra en la carne humana”*²¹(Harris, 1985, pág. 32).

Los hábitos carnívoros de la especie, por otra parte, reconocen un antiguo origen, ya que descendemos de un linaje de animales originariamente insectívoros, que en el transcurso de la evolución adquirieron progresivamente los hábitos omnívoros.

Harris (1985, pág. 28) sostiene que las observaciones últimas desmienten que los monos, nuestros parientes evolutivos más próximos, sean absolutamente vegetarianos; la mayoría es omnívora, *“Y muchas especies de monos y simios no sólo son omnívoras, sino que también se asemejan a los humanos en que arman un gran alboroto cada vez que comen carne”*²².

²¹ Acorde con esto, el autor (Harris, 1985) que estudia las particularidades alimentarias de la especie desde el campo de la antropología, señala numerosos ejemplos de canibalismo en pueblos primitivos, coincidente, muchas veces, con la escasez de carnes animales para el consumo. La antropología, en líneas generales, diferencia el **canibalismo ritual**, expresado por ejemplo en la costumbre de comerse personas importantes de la comunidad, del **canibalismo bélico**, consistente en matar a los enemigos y utilizar sus cadáveres como recurso alimentario.

²² Respecto a esto último, sostiene el autor que *“Por tratarse de criaturas bastante pequeñas, la principal presa de los monos suelen ser insectos, más que mamíferos. Ahora bien, dedican muchos más tiempo a capturar e ingerir insectos de lo que se pensaba hasta ahora. Este descubrimiento ha aclarado un viejo enigma referente al modo en que los monos se alimentan en estado salvaje. Al abrirse paso por la cubierta forestal, muchas especies de monos dejan caer una lluvia constante de restos de hojas y frutas a medio masticar. El posterior estudio de los bocados que consumen comparados con los que desechan indica que los monos, más que descuidados, son escrupulosos. Antes de escoger una fruta los monos olisquean, palpan, mordisquean en plan exploratorio y escupen lo mordido muchas veces. Pero lo que buscan no es la manzana perfecta, madura, inmaculada del Jardín del Edén; lo que les interesa es dar con aquellas que esconden gusanos (...). Al elegir frutos con insectos, los monos anticipan las costumbres alimentarias humanas que combinan hidratos de carbono, ricos en calorías, con carne por su efectos de ‘ahorro de proteínas”* (Harris, 1985, pág. 28).

Los chimpancés, evolutivamente nuestros parientes más cercanos, tienen no sólo una gran afición por los insectos, sino además por la carne en general. En estado natural cazan habitualmente a otras especies de monos y pequeños animales, para lo cual se organizan en partidas de caza en las que participan hasta quince machos adultos, cada uno con funciones precisas dentro del grupo. Además, en ocasiones, practican el canibalismo, es decir, la comida elegida puede ser otro chimpancé, por ejemplo, en el caso de que un grupo capture al miembro de otro grupo rival que se ha alejado desaprensivamente de sus compañeros. El reparto de los productos de la caza, en todos los casos —como en los grupos humanos— se acompaña de un clima de euforia (Harris, 1985).

Vemos a través de estos ejemplos, que la afición por la carne es un recurso evolutivo de larga data, y que éste, en nuestra especie, ontogenéticamente, adquiere su plasmación y plena vigencia en la fase oral secundaria o canibática. Es en ella, justamente, dónde tienen lugar todos esos cambios, que conllevan el ejercicio de mayores montos de agresión generadores de grandes conflictos. Estos se encuentran plenamente representados en la ingesta de carne, que es ahora el nuevo objeto de la pulsión y que, por esa razón, pasa a simbolizar las vicisitudes de esta fase del desarrollo.

Los cambios a los que nos referimos, tienen lugar cuando el bebé deja de tomar el pecho y comienza a comer sólidos. En ese punto, como vimos, se instala una diferencia cualitativa trascendente: el “crédito alimentario”, que hasta ese momento había cubierto las demandas nutricionales cesa y se requiere entonces una mayor cantidad de alimentos de distinta calidad, alimentos que deberán buscarse y que, además, habrá que matar.

Como un intento de reunir lo que llevamos dicho en los dos últimos apartados, y con la idea de dar un nombre que mantenga en la conciencia la trascendente significatividad de esta fase del desarrollo, llamaremos a esta etapa la **“adquisición del comer”**.

La adquisición del comer en el mito antropológico freudiano

Como dijimos, Tótem y tabú partió del intento de fundamentar las experiencias psicoanalíticas en otro ámbito que en aquel momento se suponía abarcativo y prestigioso, la ciencia antropológica; ésta aparecía entonces como una garantía de las observaciones e hipótesis de esta otra ciencia incipiente y aún demasiado joven, el psicoanálisis.

Hoy, nuestra nueva perspectiva, visible en el recorrido que realizamos, nos permite reconsiderar las mismas hipótesis antropológicas y estimarlas en su cualidad mítica, desde una observación psicoanalítica. Este mito antropológico, como señalamos, se estructura en torno a las vicisitudes del desarrollo de las pulsiones emanadas de las funciones nutricias ligadas al crecimiento. Por el nuevo camino, entonces, podremos trazar un paralelo entre ambas consideraciones, la antropológica y la psicoanalítica, o, mejor aún, trasuntar la

esencia narrativa que se halla velada tras lo manifiesto de las hipótesis antropológicas, como expresión de ese vivenciar actual, que sólo el psicoanálisis puede develar.

La antropología considera un primer momento en que el mono, adecuadamente adaptado a su habitat natural, la exuberancia del bosque, vivía protegido de los peligros terrestres amparándose en las ramas de los árboles. En un estado de bienaventuranza, la pródiga Madre Naturaleza lo proveía de dulces frutos disponibles a la hora de la necesidad, sin que mediara en este aprovisionamiento incondicional ningún obstáculo.

Esta situación parecería corresponder a la imagen alegórica de la fase de lactancia, en la cual el niño recibe regularmente el pecho, amparado en los brazos de su madre. Así como la leche “dulce”²³ debe su existencia a la presencia del lactante, también los frutos hallan su razón de ser en el animal que los come y esparce sus semillas.

Vimos que esta fase de lactancia termina cuando las demandas que impone el crecimiento hacen de la leche un alimento insuficiente para el niño, tanto en cantidad como en calidad. Un nuevo alimento es requerido; su digestión, como dijimos, demanda la intervención de los dientes y el estómago como agentes de nuevos mecanismos que conllevan intensos montantes de agresión.

Del mismo modo que el niño, en esta época de la vida individual, alejándose de la madre da sus primeros pasos en la búsqueda del padre, la antropología considera una resolución similar para el desarrollo de la especie. Según refiere, las glaciaciones terminan con el idilio del paraíso del bosque de frutos, donde la Madre Naturaleza era la proveedora. Comienzan, al decir de Freud, los “tiempos duros” en una tierra estéril que obliga a la migración. El mono adquiere la posición erecta en la búsqueda de un nuevo alimento: la carne. Ahora, en un marcado contraste con la fase anterior donde los frutos “se ofrecían”, para comer deberá matar.

No es forzado suponer que este cambio se experimente con la cualidad de una brusca catástrofe signada por la carencia y el desamparo. La versión antropológica de las glaciaciones que figuran con un tinte paranoico lo que podría ser, simplemente, una fase que se termina, nos hacen pensar en las vivencias del niño que frente al necesario destete, se siente despechado.

Estos mecanismos de defensa contribuyen a gestar las imágenes esenciales con las que se construye el “mito antropológico”. Así como la satisfacción de la necesidad genera una imagen interna de un objeto bueno, la carencia dará lugar a un objeto malo al que, en una elaboración paranoica, se le atribuye la responsabilidad de la carencia. Por lo tanto, el objeto malo es al mismo tiempo un objeto ideal construido como contrafigura de la carencia.

²³ En un trabajo anterior (Corniglio, H. y Chiozza, G., 1996) en el que también correlacionábamos el supuesto origen frugívoro de la especie con la lactancia del individuo, apoyábamos esta hipótesis en la composición química de la leche, en la que, como es sabido, preponderan los hidratos de carbono.

Si tenemos presente que la búsqueda del objeto que satisface la necesidad persigue al mismo tiempo otro fin, el de materializar una identificación, comprenderemos que el objeto ideal posee a su vez, dos caras: una como objeto abastecedor y otra como modelo.

A partir de unas específicas vicisitudes del desarrollo, podemos entonces comprender las generalidades del mito antropológico, pero esto es sólo el prolegómeno de lo que realmente nos motiva, la comprensión más profunda del mito freudiano que se constituye sobre ese antecedente.

*“La reconstrucción freudiana es bien conocida: tenemos un padre feroz y celoso. Padre terrible, que disfruta **sin límites del apetito** de su sexo, paradigma del gozo bestial. Él es ley suprema en la horda, se apropia de las mujeres y expulsa a los hijos a **medida que crecen**”*²⁴ (Rodrigué, 1996, pág. 72).

Pensamos que la imagen figurada por Freud del macho joven, que ya no es un niño pero que aún es débil, representa al individuo durante la fase de adquisición del comer; fase que hemos descrito con las cualidades de una “adolescencia precoz”. La privación del contacto sexual con las hembras representa por un lado, la versión paranoica del destete, y por el otro la insuficiencia de la precocidad genital de esa etapa. Los deseos incestuosos del complejo de Edipo representan no sólo el deseo progrediente de la satisfacción genital que comienza a esbozarse, sino también un deseo de reunión con el objeto ideal, que hasta la fase anterior había sido fuente de gratificación, aportando los suministros necesarios para materializar la identificación con el modelo. En otras palabras, el niño, en una actitud adolescente, responsabiliza al padre por el inevitable destete.

Desde la carencia actual, y como producto de la elaboración paranoica, se construye una imagen idealizada del objeto modelo de identificación; se configura así “un rival” que es la contrafigura del joven carente: un macho adulto y poderoso, capaz de matar a sus enemigos, de materializar el coito con todas las hembras y responsable de la carencia del joven. En otras palabras, una imagen ideal, envidiada y temida, que surge de la incapacidad relativa de materializar el crecimiento y como reverso de esta misma situación; por lo tanto, representa de manera idealizada, el crecimiento ya realizado.

Pensamos, entonces, que la situación en la que se describen a los jóvenes de la horda, privados en sus “apetitos” por la presencia de un padre omnipotente, es un construcción mítica que figura las dificultades en torno al destete. El desenlace inevitable de esta situación, es decir, la agresión exacerbada en la privación que conduce a los hermanos al matar, al comer y al crecer, figura a su vez, la adquisición del comer. Así, en el “mito”, la devoración del padre significa materializar la identificación que, como culminación del crecimiento, da lugar a la fase genital de reproducción, figurada en el mito como acceso al comercio sexual con las hembras.

²⁴ El destacado es nuestro.

En otras palabras, suponemos que en el momento de la adquisición del comer, el niño crea la imagen de un padre ideal, contrafigura de su debilidad. Es un padre malo en tanto le atribuye la privación originada en la propia debilidad; es, al mismo tiempo, un padre ideal, en tanto lo protege de un estímulo que supera la fortaleza del propio yo (ya sea la agresión de la fase sádica o la excitación de la fase genital primaria).

Materializar el crecimiento implica identificarse con este padre, hecho que queda representado en la deseada y temida devoración. A medida que el niño crece y, por así decir, se hace más fuerte, va declinando la necesidad de aquella imagen ideal de un padre omnipotente; el padre todopoderoso del comienzo desaparece “comido” por el niño que ahora “se hizo fuerte”. De manera que, en síntesis, cabría decir que la idea de habernos comido al padre significa esencialmente haber crecido.

Sin embargo, como siempre sucede, habrá una inevitable distancia entre el modelo construido por contrafigura de la inermidad y lo que en realidad logró materializarse; una distancia que supone un duelo, no siempre fácil, por los aspectos del modelo que no pudieron concretarse.

Y esta distancia entre el yo y su ideal, que el psicoanálisis describe como sentimiento de culpa, aparece figurada en el mito con los **remordimientos**²⁵ de conciencia frente a un padre que, a pesar de haber sido muerto y devorado, retorna grandioso desde la insuficiente materialización y duelo.

Como dijimos antes, en palabras de Rodrigué (1996), la “atrición” de los hermanos da paso a la “contrición” que, bajo la forma del pecado y el arrepentimiento, inaugura el culto de la religión totémica como primera forma de cultura. Estas imágenes remedan el ingreso individual a la educación y la cultura durante la fase de latencia, con el control obsesivo de la agresión a ella ligado, y en la que la caída de los “dientes de leche” marca el momento en que se depone el ímpetu de las primeras armas para acceder al orden social.

La comunidad fraterna, sustrato en el que asienta la sociabilidad emergente, representa un reconocimiento del otro que se impone como correlato del reconocimiento de la propia individuación en el alejamiento progresivo de la madre. La inermidad cobra ahora una nueva dimensión e inaugura la reciprocidad²⁶, sobre el fundamento de la ambivalencia de sentimientos, aquella que, al decir de Freud, inaugura la conciencia moral.

²⁵ Remordimientos que, por sus cualidades propias, han sido considerados sentimientos específicos de esta fase sádica (Garma, 1954; Chiozza y col. 1995c; Corniglio, H. y Chiozza, G., 1996).

²⁶ Es interesante señalar que la antropología destaca como factor fundamental de la cohesión social el reparto de la carne y las normas que se erigen en torno a esta actividad, como así mismo los ritos referidos a su consumo. Por otra parte, también existe una correspondencia puntual entre las interdicciones de reparto y consumo y las que rigen respecto a las actividades sexuales (prohibición del incesto). En otra oportunidad (Corniglio, H. y Chiozza, G., 1996) nos ocupamos extensamente de este aspecto citando interesantes referencias antropológicas del libro “*El (h)omnívoro*” de Fischler (1995). También se ocupa de este tema Harris en su libro *Bueno para comer* (1985), autor que ya hemos citado en el presente trabajo.

Coincidentemente, cuando Rodriqué (1996, pág. 64) busca enfatizar cómo, a partir de *Tótem y tabú* la imagen del padre adquiere relevancia, recurre, citando a Mezan, a la metáfora del destete; dice que el padre “...*deja de ser el perverso seductor o el objeto de la fantasía, para convertirse en el elemento central de la constitución simbólica del psiquismo humano. En efecto, (...) la cuestión de la socialización de la psique, como Renato Mezan bien dice, ‘no puede ser dejada de lado. La socialización es el proceso por el cual el hombre se humaniza, pasando de ser apéndice del cuerpo materno a individuo social, capaz de convivir con otros individuos sociales.’*”²⁷

Rodriqué aclara también, refiriéndose al párrafo anterior, que “*Por ‘socialización de la psique’ se entiende algo así como una estructura de identificaciones simbólicas...*”, y luego se pregunta “*¿qué tipo de socialización?*” Finaliza diciendo “*Esto nos remite a Dios. El sentimiento religioso surge frente al hilflos, esto es, al desamparo infantil que reclama un Ser Superior.*”

De manera que, en síntesis, cabe decir que la hipótesis del parricidio es un encubrimiento de la devoración del padre y que ésta, a su vez, es un representante simbólico de la fase libidinosa en la que, como dijimos, se adquiere el comer.

El hecho de que esta adquisición conlleve la necesidad de afianzar la identificación padre a los fines de las mayores demandas que impone el crecimiento, nos remite a otro plano de este acontecer en el que, por así decir, reverberan significados que remontan, a través de un mosaico de fantasías, a las vicisitudes descritas por Chiozza (1963) al estudiar el psiquismo hepático.

La adquisición del comer y el proceso de materialización.

Chiozza (1963, pág. 55) plantea que el yo, en los estadios iniciales de su desarrollo, recibe el impacto de los estímulos ideales que deberá materializar. Estos estímulos desorganizan las formas del yo y, por consiguiente tienen cualidad traumática, quedando “...*asociados en la fantasía a una representación psicológica masculina, a la semilla, al semen; en cambio la sustancia, como lo demuestra la misma etimología de la palabra materia —‘mater’: madre—, queda asociada a una representación psicológica femenina*”.

Primariamente, entonces, frente al “*maná*” de estos estímulos ideales, el yo debe disociarse, configurándose de ese modo un “*protosuperyó*”, que corresponde, en este esquema y de acuerdo a lo expresado, a una representación paterna. La madre —*materia*—, en cambio, es aquel objeto que se constituye sobre la impronta de ese aprovisionamiento de las primeras fases, mediatizadas primero por la sangre y luego por la leche (aportes continuo y regular respectivamente). Considerado lo dicho, esquemáticamente, podríamos decir que aquella impronta que en estas instancias se constituye como modelo de identificación “es” el padre.

Chiozza (1968, pág. 507), retomando las premisas del modelo freudiano, describe también, ligado al proceso de identificación, un mecanismo de defensa

²⁷ El destacado es nuestro.

que queda representado en la institucionalización de la comida totémica, en la medida que esta *“...puede ser vista como el mecanismo de disociación según el cual la identificación con la figura del padre queda dividida en un aspecto ideal que se realiza con el objeto original y un aspecto material que se desplaza sobre el tótem como representante y sustituto de ese objeto original”*.

Si trasladamos esta referencia a lo señalado respecto a la primaria disociación en la que se gesta un “protosuperyó”, al que, por así decir, adhiere la cualidad “paterna” del estímulo, podríamos pensar que en ello ya está implícita la disociación eidético-material. De esta manera, surge claramente que la fantasía de devorar al padre se halla ya presente en la incorporación de estímulos durante los estadios iniciales del desarrollo, “acaecidos” en el hipotético instante primitivo de la ocasión primera.

En palabras de Chiozza (1975f, pág. 86): *“Si pensamos en los términos de un desarrollo arcaico, a los cuales Freud solía recurrir, podemos imaginar un hipotético instante primitivo en el cual la identificación con el padre coincidiera con la incorporación material de éste. Se trataría de una primitiva identidad o coincidencia entre ingestión e introyección. Es posible suponer entonces que la necesidad —surgida de la ambivalencia— de preservar al padre de ‘esta modalidad del amor compatible con la destrucción del objeto’ (Freud, 1915a, pág. 1056) conduzca a la disociación del mecanismo de la identificación introyectiva en un aspecto ‘ideal’, que se realiza con el padre, y un aspecto material que se realiza con el animal (alimento) que configura al principio un tótem, gracias también a que se presta para la realización del deseo primitivo (Freud, 1912).”*

No obstante, para este autor, estas fantasías que aluden a los eventos constitutivos del desarrollo yoico adquieren, luego de la lactancia, una nueva significatividad, de modo que concluye el párrafo anterior diciendo: *“Esta disociación eidético-material de la introyección (Chiozza, 1970a) **recibe además un refuerzo en la relación oral secundaria** del niño con la madre. La introyección de la madre, primitivamente unida de manera indisoluble a la ingestión de la leche materna durante la etapa oral primaria, se disocia de la incorporación del alimento cuando la aparición de los dientes conduce simultáneamente a la capacidad de infligir un daño al objeto original y a la posibilidad y el deseo de la ingestión de carne”²⁸.*

Siguiendo, entonces, a este autor, pensamos que aquello que dimos en llamar “mito antropológico” simboliza, primariamente a aquel hipotético instante primitivo y, para figurar aquellos eventos, se vale, a la manera de un resto diurno, de representaciones propias de las fases sádicas digestivas ligadas a la adquisición del comer, a la emergencia de los dientes y la capacidad gástrica de digestión ácida, dirigidas a un nuevo objeto de la pulsión: la carne.

Análogamente, podemos considerar, por ejemplo, al mito de Prometeo figurando al proceso abstracto de materialización de estímulos por el que el yo, en un

²⁸ El destacado es nuestro.

hipotético instante primitivo, se desarrolla, a través de representaciones propias del período fetal en el que el hígado ejerce su primacía.

El importante período centrado en la adquisición del comer y sus vinculaciones con la instauración del orden social, el ingreso a la cultura como coartación de los impulsos sádicos (parricidio y canibalismo) y genitales (prohibición del incesto) y la religión, como la primera forma cultural, aparece dando figurabilidad a otros mitos cuyo análisis deberemos diferir a una ocasión futura.

Así por ejemplo, la expulsión de Adán y Eva del Jardín del Edén, sucede luego de haber comido la manzana del árbol de la sabiduría. Esto, que suele interpretarse como símbolo del comercio sexual, parecería figurar mejor un ataque dentario al pecho que se ha hecho insuficiente. Siguiendo esta línea interpretativa, la expulsión del paraíso simbolizaría el destete. En este caso, la sabiduría que inaugura la diferencia entre el Bien y el Mal, podría representar el ingreso al orden cultural.

El Diluvio, que conlleva la pérdida del paraíso terrenal, parecería desempeñar un papel análogo al de las glaciaciones en el mito antropológico; fundamenta esta impresión el hecho de que, según reza la religión, luego del Diluvio, Dios dará al hombre el derecho de la carne (Fischler, 1995). También la comunión cristiana despierta interesantes asociaciones con estos procesos si pensamos que la hostia, que representa la carne de Dios, debe incorporarse sin la agresión dentaria.

SÍNTESIS

1) Freud consideraba a Tótem y tabú una de sus obras teóricas de mayor importancia. Esta apreciación nacía de que en ella, por primera vez, se lograba la convergencia teórica coherente de distintos elementos manifestados originariamente en la experiencia clínica. Efectivamente, el complejo de Edipo, a través de sus componentes (la hostilidad contra el progenitor del mismo sexo y las fantasías incestuosas) podía referirse a una serie de vivencias ocurridas en el pasado filogenético.

El punto de origen de tales vivencias lo constituía la hipótesis de lo que Freud consideró el crimen primordial: el parricidio. En él nacía la conciencia moral de los hombres y, consecuentemente, se inauguraban la eticidad, la religión, la cultura y el orden social. Las características de este crimen magno reverberaban en unas temáticas recurrentes a través de los tiempos, que eran las mismas que emergían como resabios de esas épocas primordiales en la vida de los neuróticos. Se constataba entonces que el complejo de Edipo era universal y que, además, signaba el derrotero evolutivo de la especie.

2) Desde nuestro punto de vista, las hipótesis consideradas son, al mismo tiempo, realidad y mito. Realidad porque asientan en un vivenciar actual. Mito porque son figuras alegóricas mediante las cuales las pulsiones se autorrepresentan simbólicamente. De modo que, la riqueza vivencial de Tótem y

tabú, sólo la comprendemos desde la actualidad de nuestra vida pulsional. Percibimos entonces la paradoja de que el libro pretende explicarnos "racionalmente" el origen del complejo de Edipo, cuando es sólo desde las constelaciones de dicho complejo que podemos comprender, adhiriendo afectivamente, la riqueza de contenido que la obra nos transfiere.

Esta perspectiva, que admite una consideración de sentido a partir de la vida pulsional, también está presente en la obra freudiana en aquellos contextos en que el autor considera que el "pasado histórico" es una "realidad psíquica" que encuentra su correlato material en el acontecer afectivo.

3) Las pulsiones que adquieren figurabilidad en las hipótesis del parricidio y la devoración del padre, son aquellas que reconocemos adscriptas a los procesos nutricionales en las distintas etapas de crecimiento. Durante la vida embrionario fetal y más tarde en la lactancia, los alimentos están dispuestos para que el sujeto acceda a ellos sin que medien esfuerzos. Es como si la Naturaleza, transitoriamente, asignara a los cachorros de mamíferos un "crédito alimentario" para que subsistan hasta valerse solos.

4) En el momento que el psicoanálisis describe como etapa oral secundaria o canibática el crédito se acaba. Ese momento pulsional será de máxima importancia y en él acontecerán cambios que, de una vez para siempre, mutarán la condición del sujeto.

Puntualmente nos referimos al destete y al pasaje de la leche a otros alimentos de más complejidad. La aparición de los dientes, hito fundamental de esta etapa, se acompaña de otros cambios que involucran todo el tubo digestivo, como por ejemplo, que el estómago adquiera la capacidad de digestión ácida que permitirá digerir la carne, nuevo objeto de la nueva meta pulsional.

5) El acoplamiento de distintas funciones digestivas, que surge de considerar el aparato digestivo en su conjunto, nos lleva a reconsiderar el clásico ordenamiento temporal de las fases de la evolución psicosexual. Así, pensamos en una fase primaria de la evolución digestiva en la que, sin perder sus primacías respectivas, se complementan acorde a fines las fases oral de succión y anal expulsiva; seguida esta, a partir del destete, de una fase secundaria en la que las fases oral canibática y anal retentiva se complementan de manera análoga.

De esta manera, reunimos las dos fases sádicas, clásicamente descritas, correspondiendo a una nueva modalidad digestiva, más agresiva, que tiñe el psiquismo del niño con esta cualidad.

6) Consecuentemente, en estas instancias, el niño manifiesta una peculiar rebeldía que, pensamos, remeda a la que luego tendrá lugar en la adolescencia. La fase sádica digestiva que consideramos, equivaldría entonces a una "adolescencia precoz y fugaz", que conduce a una genitalidad insuficiente y finaliza con la instauración de la latencia, la pérdida de los dientes de leche, los subsidiarios controles obsesivos de la agresión y el comienzo de la educación y socialización.

La trascendente significatividad de los acontecimientos descritos y de sus conflictos inherentes, nos lleva a considerar que la etapa en su conjunto bien podría ser aludida con una denominación genérica, como "adquisición del comer".

7) El mito antropológico, que nos brinda la imagen del mono nutriéndose sin apremio de los frutos del bosque y amparado en las ramas de los árboles, figura una representación simbólica del lactante recibiendo la "leche dulce" en brazos de su madre.

Así como en la evolución individual, el fin de la lactancia obliga al niño a buscar un nuevo alimento, dando sus primeros pasos, alejándose de la madre, en dirección al padre, el mito antropológico atribuye a las glaciaciones una función análoga al destete. Como consecuencia de esos hechos geológicos, figura el mito, el mono desciende del árbol estéril, y se yergue, nómada, a la búsqueda del animal que deberá matar para comer su carne.

8) El mito freudiano que se sustenta en las apreciaciones antropológicas, puede ser profundizado si tenemos en cuenta la correspondencia que venimos describiendo.

Pensamos, efectivamente, que la situación en la que Freud presenta a los jóvenes de la horda, privados en sus "apetitos" por la presencia de un padre omnipotente y brutal, es un símbolo que representata míticamente las dificultades en torno al destete. El desenlace que se asocia a esta situación, es decir, la conspiración y la agresión que conduce a los hermanos al matar, al comer y al crecer, figura a su vez, la adquisición del comer. Así, en el "mito", la devoración del padre significa materializar la identificación que, como culminación del crecimiento, da lugar a la fase genital de reproducción, figurada en el mito como acceso al comercio sexual con las hembras.

De manera, entonces, que el parricidio encubre la devoración así como a su vez ésta, es representante de la adquisición del comer. La rebelión de los jóvenes, corresponde a la imagen del niño despechado que ingresa, díscolo, en una "adolescencia precoz".

El padre omnipotente es, a los fines de la defensa, una imagen ideal construida por contrafigura de la debilidad del "joven" infante. A medida que el niño, en su crecimiento, va materializando la identificación y se hace fuerte, la imagen del padre ideal va desapareciendo, "comida" por el niño. Los remordimientos que describe el mito, podrían representar la culpa, como distancia entre el yo y su ideal, por aquello que no pudo materializarse.

9) La fase canibálica de adquisición del comer se instaura, por así decir, en un continuo de eventos ligados al proceso de materialización-identificación que, en última instancia, remiten al hipotético instante primitivo, descrito por Chiozza al estudiar las vicisitudes hepáticas del desarrollo.

En este sentido, durante la etapa de la que nos hemos ocupado, se reeditan en el nuevo nivel, y con cualidad propia, los conflictos correspondientes a las primeras instancias del desarrollo. En el hipotético instante primitivo el yo hubo

de disociarse defensivamente, y ahora, de la misma manera, la "adquisición del comer" supone un refuerzo equivalente de la disociación eidético-material.

En este sentido, el mito antropológico freudiano representa, en última instancia, la disociación eidético-material necesaria para materializar la identificación, "acaecida" en el hipotético instante primitivo de la vez primera; y para figurar este drama, se vale, a la manera de un resto diurno, de las representaciones propias de las vicisitudes que acompañan a la adquisición del comer.

BIBLIOGRAFÍA

ABRAHAM, Karl (1916)

“La primera etapa pregenital de la libido”. En *Contribuciones a la teoría de la libido*, Editorial Hormé S.A., Buenos Aires, s/f.

ABRAHAM, Karl (1924)

“La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter”. En *Contribuciones a la teoría de la libido*, Editorial Hormé S.A., Buenos Aires, s/f.

CORNIGLIO, Horacio y CHIOZZA, Gustavo (1996)

“El estómago, el ácido y la agresión”. Trabajo presentado en la Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, 1996.

CURTIS, H. y SUE BARNES, N. (1989)

Biología. Quinta edición. Editorial médica Panamericana S.A., Buenos Aires, 1994.

CHIOZZA, Luis (1963)

Psicoanálisis de los trastornos hepáticos. Biblioteca del Centro de consulta médica Weizsaecker. Buenos Aires, 1984.

CHIOZZA, Luis (1967a)

“El contenido latente del horror al incesto y su relación con el cáncer”. En *Ideas para una concepción psicoanalítica del cáncer*. Biblioteca del Centro de consulta médica Weizsaecker. Buenos Aires, 1978.

CHIOZZA, Luis (1968a)

“La interioridad de los trastornos hepáticos”, *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, Biblioteca del CCMW, CIMP, Buenos Aires, 1984.

CHIOZZA, L. y WAINER, G. (1974a)

“El incesto y la homosexualidad como diferentes desenlaces del narcisismo”. En *Ideas para una concepción psicoanalítica del cáncer*. Biblioteca del Centro de consulta médica Weizsaecker. Buenos Aires, 1978.

CHIOZZA, Luis (1975f)

“El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo”, *Ideas para una concepción psicoanalítica del cáncer*, Biblioteca del Centro de Consulta Médica Weizsaecker, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1978.

CHIOZZA, Luis (1979b)

Apéndice, en “Acerca del uso y el valor de la realidad, la transferencia y la historia en el tratamiento psicoanalítico”, *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Biblioteca del Centro de Consulta Médica Weizsaecker, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980.

CHIOZZA, Luis (1983d)

“Reflexiones sin consenso”, Inédito.

CHIOZZA, Luis y GREEN, André (1989)

Diálogo psicoanalítico sobre psicósomática, Ed. Alianza, Buenos Aires, 1989.

CHIOZZA, Luis (1990a)

“Definiciones para un diccionario”, Inédito.

CHIOZZA, L., BABERO, L. Y BOARI, D. (1995c)

“Significados específicos de enfermedades dentarias”. En *Del afecto a la afección*, Editorial Alianza, Buenos Aires, 1996.

FISCHLER, Claude (1995)

El (h)omnívoro, Editorial Anagrama, Barcelona, 1995.

FREUD, Sigmund (1905d)

Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas*, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1909b)

“Análisis de la fobia de un niño de cinco años”. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1909d)

“A propósito de un caso de neurosis obsesiva”. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1912/13)

Tótem y Tabú. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1915)

“Sinopsis de las neurosis de transferencia”. Sin datos editoriales.

FREUD, Sigmund (1923b)

El yo y el ello. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1925d)

“Presentación autobiográfica”. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1937d)

“Construcciones en el análisis”. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1939a)

Moisés y la religión monoteísta. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

GARMA, Ángel (1954)

Génesis psicósomática y tratamiento de las úlceras gástricas y duodenales, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1954.

GAY, Peter (1988)

Freud. Una vida de nuestro tiempo. Editorial Paidós mexicana. México, 1989.

HIB, José (1994)

Embriología Médica. Editorial Interamericana S.A. México, 1994.

HARRIS, Marvin (1985)

Bueno para comer, Alianza Editorial, Madrid, 1993.

JONES, Ernest (1953)

Vida y obra de Sigmund Freud. Salvat editores. Barcelona, 1985.

JUNG, Carl (1964)

Recuerdos, sueños, pensamientos. Editorial Seix Barral S.A., Barcelona, 1991.

LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. (1967)

Diccionario de psicoanálisis. Editorial Labor S.A., Barcelona, 1971.

LENOIR, Juan Pablo (1977)

Fisiología digestiva, Ediciones Toray, 1979.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1992)

Diccionario de la lengua española. Editorial Aguilar, Madrid, 1992.

RODRIGUÉ, Emilio (1996)

Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis. Tomo II, Editorial Sudamericana S.A., Buenos Aires, 1996.

STRACHEY, James (1959)

Comentarios introductorios a las obras de Freud. En Obras completas de Sigmund Freud, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.